

ALFREDO DE MUSSET

EL LUNAR

TRADUCCIÓN DE JOAQUÍN GALLARDO



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

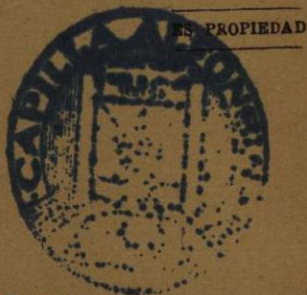
MÉXICO
J. BALLESCÁ Y C.^ª SRES.
1131

BARCELONA
E. DOMENECH, EDITOR
1911

30596

P 02369

L 88



ACERVO DE LITERATURA

115977



CAPÍTULO I

EN 1756, cuando Luis XV, cansado de las discusiones entre la magistratura y el Gran Consejo, sobre el impuesto de los dos sueldos ¹ decidió tener un lecho de justicia, los miembros del Parlamento dimitieron. Doce de estas dimisiones fueron aceptadas á cambio de otros tantos destierros. «¿Podría usted ver con sangre fría, decía Madama Pompadour á uno de los presidentes, un puñado de hombres resistir á la autoridad del rey? ¿No formaría usted mala opinión de ellos? Despójese de su cargo, señor presidente, y verá todo como yo lo veo.»

No fueron solamente los desterrados quienes padecieron el castigo de su mal-

1) Dos sueldos por libra del diezmo de la renta.

querencia, sino también sus parientes y amigos. El *abrir las cartas* divertía al rey. Para descansar de sus placeres, mandaba á la favorita que le leyera cuanto de interesante pasaba por el correo. Por supuesto que só pretexto de hacer él mismo su policía secreta, recreábase con mil intrigas que de ese modo pasaban ante sus ojos, y todo aquel que, de lejos ó de cerca mantuviera relaciones con los jefes de facción, estaba casi siempre perdido. Sabemos que Luis XV, entre todas sus debilidades, no tenía más que una fuerza: la de ser inexorable.

Una tarde que el soberano se hallaba ante el fuego, con los pies en el manto de la chimenea, la marquesa, melancólica generalmente, en aquel momento se encogía de hombros riendo, al tiempo que revisaba un paquete de cartas. El rey preguntó lo que éstas contenían.

—Es que encuentro aquí—contestó la marquesa,—una carta que carece de sentido común, pero que es emocionante y conmovedora.

—¿Qué hay al pie de ella?

—No trae apellido; es una carta de amor.

—¿Y arriba?

—Eso es lo gracioso. Está dirigida á la señorita de Annebault, sobrina de mi amiga la señora de Estrades. In-

dudablemente, la habrán metido entre estos papeles para que yo la lea.

—¿Y qué contiene?

—Cosas de amor, como he dicho. Se trata también de Vauvert y de Neauflette. ¿Existe algún gentilhombre en esos pueblos? ¿Los conoce Vuestra Majestad?

El rey pretendía conocer toda Francia de memoria, es decir la nobleza de Francia. La etiqueta de su corte, que él había estudiado, le era tan familiar como los blasones de su reino; ciencia bastante corta, pues lo demás no contaba. Pero se enorgullecía de ello y, para él, la jerarquía era como la escalera de mármol de su palacio; quería andar por ella como verdadero amo. Después de pensar un momento, frunció las cejas, como si le viniera un mal recuerdo; luego, haciendo á la marquesa seña de que leyese, volvió á arrellanarse en la poltrona, diciendo con una sonrisa:

—Continúe, que es guapa la muchacha.

Madama de Pompadour adoptando el acento más agradable y burlón, empezó á leer una extensa carta llena de trozos amorosos.

«¡Ve como me persigue el destino! Todo parecía dispuesto á satisfacer mis deseos, y tú misma, amada mfa, me hiciste esperar la felicidad. No obstante,

tengo que renunciar á ella, y renunciar por una falta que no he cometido. ¿No es exceso de crueldad el haberme permitido entrever los cielos para precipitarme al abismo? ¿Se consiente, acaso, el bárbaro placer de enseñar á un infortunado condenado á muerte, todo lo que debe hacer amar, y echar de menos la vida? Y sin embargo, esa es mi suerte; no tengo más esperanza ni asilo que la tumba, porque, desde el momento que soy desgraciado, no debo pensar ya en tu mano. Cuando me sonreía la fortuna, toda mi esperanza era que fueses mía; hoy, pobre, me horrorizaría á mí mismo si osara pensar en ello, y puesto que no puedo hacerte feliz, al tiempo que me muero de amor te prohibo que me ames...»

La marquesa sonreía al leer estas últimas palabras.

—He ahí un hombre honrado, señora—dijo el rey.—Pero ¿quién le impide casarse con su amante?

—Permitid que continúe, Sire.

«Esa injusticia que me abrumba, me sorprende que venga del mejor de los reyes. Ya sabes que mi padre solicitaba para mí una plaza de oficial ó de porta-estandarte de los guardias, plaza que decidía de mi vida, pues me daba el derecho de ofrecerme á tí. Propúsome el duque de Biron: pero el rey

me ha rechazado de una manera que me amarga recordar, porque, si mi padre tiene su modo de ver (y admito que sea esto una falta), ¿debo pagarlo yo? Mi fidelidad al rey es tan verdadera, como el amor que te tengo. Claramente se verían una y otro si pudiera yo sacar la espada. Es desesperante que denieguen mi petición; pero el que sin razón fundada me aniquilen con semejante disfavor se opone á la reconocida bondad de Su Majestad...»

—¡Ciertamente!—exclamó el rey.—Eso me interesa.

«¡Si supieras cuán tristes estamos! ¡Ah! ¡querida mía! ¡Oh, tierra de Neauflettel! ¡Oh, pabellón de Vauvert! ¡Oh, sotillos! En ellos me paseo todo el día. He prohibido desbrozar; el odioso jardinero vino ayer con su mango de escoba herrado. Iba á tocar la arena... Sin embargo aún no estaba borrada la huella de tus pasos, más ligera que el viento. La punta de tus piecitos y tus altos tacones blancos estaban aún impresas en el paseo; parecían caminar ante mí, mientras yo seguía la bella imagen de mi amada, y este fantasma encantador se animaba por momentos, cual si hubiera quedado en las huellas fugitivas. Allí, hablando á lo largo del paseo, fué donde pude conocerte y apreciarte. Una educación admirable en el alma de un

ángel, la dignidad de una reina con la gracia de las ninfas, ideas dignas de Leibnitz en lenguaje tan sencillo, la abeja de Platón en los lábios de Diana, todo eso me sepultaba bajo el velo de la adoración. Y entretanto, éstas flores muy amadas se abrían en torno nuestro. Las he respirado escuchándote; en su perfume vivía en recuerdo. Ahora inclinan la cabeza; me enseñan la muerte...»

—Eso es Rosseau falsificado—dijo el rey.—¿Por qué me lo lee?

—Porque Vuestra Majestad me lo ha ordenado por los lindos ojos de la señorita de Annebault.

—Es verdad; tiene ojos lindos.

«Y cuando vuelvo de esos paseos, encuentro á mi padre solo, en el salón, apoyado de codos cerca de una luz, en medio de esos dorados marchitos que cubren nuestros carcomidos artesones. Me vé llegar con tristeza... mi pena molesta á la suya... ¡Atenaida! en el fondo de ese salón, junto á la ventana, está el clavicordio por el que corrían tus deliciosos dedos, que mis lábios solo rozaron una vez, mientras tu boca se abría dulcemente á los acordes de la más suave música. ¡Cuán felices son esos Rameau, Lulli, Duni y tantos otros! Sí, sí, los amas, están en tu memoria; su soplo pasó por tus lábios. Yo también me

siento á ese clavicordio, intento ejecutar en él uno de esos trozos que te gustan; ¡cuán fríos y monótonos me parecen! Los dejo y los oigo morir, en tanto que su eco se pierde en esta bóveda lúgubre. Mi padre se vuelve y me vé desconsolado; ¿qué puede hacer? Una charla de callejuela, de antecámara, ha cerrado nuestras rejas. Me vé joven, ardiente, lleno de vida, sin más deseo que pertenecer al mundo: es mi padre y no puede hacer nada.»

—¿No parece—dijo el rey—que saliera de caza ese muchacho y que le matasen el halcón en la mano? ¿A quién culpa?

«Es cierto -añadió la marquesa, prosiguiendo la lectura,—que somos próximos vecinos y parientes lejanos del abate Chauvelin...»

—¡Ya pareció aquello!—dijo Luis XV, bostezando.—¡Otro sobrino de inquisiciones y requerimientos! El parlamento abusa de mi bondad. Hay, verdaderamente, demasiada familia,

—¡Pero si solo es pariente lejano!

—¡Bueno! Esas gentes no valen nada. El tal abate Chauvelin es jansenista; es un pobre diablo, pero está destituido. Arroje esa carta al fuego, y que no me vuelvan á hablar de esto.



MONTERREY, N. L.

CAPÍTULO II

LAS últimas palabras pronunciadas por el rey no eran, precisamente, una sentencia de muerte; pero constituían casi una prohibición de vivir. ¿Qué podía hacer, en 1756, un joven sin fortuna de quien el rey no quería oír hablar? Intentar ser hortera ó hacerse filósofo, tal vez poeta, pero sin protectores; y en este caso, de nada servía el oficio.

No era tal, ni mucho menos, la vocación del caballero Vauvert, que acababa de escribir con lágrimas la carta de que se burlaba el rey. En aquel momento, á solas con su padre en el viejo castillo de Neauflette, paseaban por el cuarto con aire triste y furioso:

—Voy á llegarme á Versalles—decía.

—¿Y qué vas á hacer allí?

—No lo sé; pero aquí ¿qué hago?

—Me haces compañía; verdad es que no debe de ser cosa muy divertida para tí, y no te retengo en modo alguno. Pero ¿olvidas que murió tu madre?

—No, señor; y le prometí consagrar á usted la vida que me dió. Volveré, pero quiero irme; no podría quedarme más en estos lugares.

—¿A qué se debe eso?

—A mi amor excesivo. Amo desesperadamente á la señorita de Annebault.

—Ya sabes que es inútil. Sólo Molière hacía bodas sin dote. ¿Te olvidas también de mi desgracia?

—¡Eh, señor! ¿puedo preguntarle, sin apartarme del más profundo respeto, quien ha causado su desgracia? No pertenecemos al Parlamento. Pagamos el impuesto, pero no lo establecemos. Si el Parlamento escatima los dineros del rey, es cosa suya y no nuestra. ¿Por qué nos arrastra en su ruina el abate Chauvelín?

—El señor Chauvelín obra como hombre honrado. Se niega á aprobar el diezmo, porque le sublevan los despilfarros de la corte. Nada semejante ocurriera en tiempos de Madama de Châteaurox. Cuando menos, ésta era bella, y no costaba nada, ni siquiera lo que daba tan generosamente. Era dueña y soberana y se contentaba con

que el rey no la enviase á pudrirse en un calabozo cuando le retirase su favor. Pero la Etioles, la Le Normand, la insaciable Poisson...

—¿Y qué importa?

—¿Qué importa, dices? Más de lo que crees. ¿No sabes aún que, ahora, mientras el rey nos devora, la fortuna de su favorita es incalculable? Al principio, mandó la favorita que le dieran ciento ochenta mil libras de renta; pero era una friolera, ya no hay nada de eso; no puede uno formarse idea de las horrosas sumas que le dá el rey; no pasan tres meses del año, en que no coja ella al vuelo, como por casualidad, quinientas ó seiscientas mil libras, ayer de la sal, hoy del aumento del terreno de caballerizas; á más de las habitaciones que tiene en todas las casas reales, compra la Selle, Cressy, Aulnay, Brimborion, Marigny, Saint-Remy, Bellevue y tantas otras posesiones, fincas en París, Fontainebleau, Versailles, Compiègne, sin contar una fortuna secreta colocada en todos países, en todos los bancos de Europa, para caso de desgracia, sin duda, ó de que muriese el soberano. ¿Y quién paga todo eso, dímelo?

—No lo sé, señor; pero no soy yo.

—Tú, como todo el mundo: Francia, el pueblo, que suda sangre y agua, que

clama en las calles, que insulta la estatua de Pigalle. Y el Parlamento está harto de esto; no quiere nuevos impuestos. Cuando se trataba de gastos de guerra, nuestro último escudo estaba pronto; no pensábamos en regatear. El rey, victorioso, pudo ver claramente que era amado de todo su reino, y aún más claramente cuando estuvo á punto de morir. Entonces cesó toda disidencia, toda facción, todo rencor; Francia entera se puso de rodillas ante el lecho del rey, y rezó por él. Pero, si pagamos sin mirar, á sus soldados y médicos, no queremos, en cambio, pagar sus queridas, y tenemos cosas más importantes que hacer que mantener á Madama de Pompadour.

—No la defiendo, señor. No puedo darle la razón ni quitársela, pues nunca la he visto.

—Claro está, y no te disgustaría verla ¿verdad? para poder formar tu opinión sobre ella. Porque á tu edad, la cabeza juzga por los ojos. Inténtalo, si se te ocurre, pero ese gusto te será negado.

—¿Por qué, señor?

—Porque es una locura; porque esa marquesa es tan invisible en sus gabinetitos de Brimborión, como el Gran Turco en su serrallo; porque te darán con todas las puertas en las narices. ¿Qué quieres hacer? ¡Intentar lo imposi-

ble! ¡Probar fortuna como un aventurero!

—No como aventurero, pero sí como enamorado. No pienso solicitar, sino reclamar contra una injusticia. Tenía una esperanza muy fundada, casi una promesa del señor de Biron; estaba en visperas de poseer á la que amo, y ese amor no es desrazonable, usted no lo ha desaprobado. Permita, pues, que se defienda mi causa. No sé si tendré que habérmelas con el rey ó con la señora de Pompadour; pero quiero marchar.

—¡No sabes lo que es la corte, y quieres presentarte en ella!

—Y quizá sea recibido más fácilmente, por la misma razón de ser desconocido.

—¿Desconocido tú? ¡Qué ocurrencial! ¡Con un apellido como el tuyo!... Somos viejos aristócratas; no puedes ser desconocido.

—¡Pues bien! ¡El rey me escuchará!

—Ni siquiera querrá oírte. Sueñas con Versalles, y creerás estar allí, cuando se detenga el postillón... Supongamos que llegues á la antecámara, á la galería, al *Œil-de-Bœuf*¹: entré tú y Su Majestad no verás más que una puerta; habrá un abismo. Te volverás, buscarás

1) *Œil-de-Bœuf* vale *tragaluz*. Así se llama una antecámara del rey en el palacio de Versalles, por estar iluminada por un tragaluz.

influencia, protección, mas no hallarás nada. Somos parientes del señor Chauvelín, y ¿cómo crees que se venga el rey? De Damiens, por la tortura; pero de nosotros, por una palabra, ó mejor dicho, por el silencio. ¿Sabes lo que es el silencio del rey, cuando, con su mirada muda, en vez de contestar, mira y aniquila? Después de la Grève y la Bastilla, viene cierta clase de suplicio que, menos cruel en apariencia, marca también como la mano del verdugo. Cierto es que el condenado está libre; pero ya no puede pensar en acercarse á una mujer, ni á un cortesano, ni á un salón, ni á una abadía, ni á un cuartel. Todo se cierra ó desvía ante él, y así, se pasea á la ventura por una cárcel invisible.

—Yo me moveré tanto, que saldré de ella.

—No harás más que otros. El hijo del señor de Meynières era tan poco culpable como tú. Como tú, tenía también promesas, esperanzas legítimas. Su padre, el súbdito más fiel de Su Majestad, el hombre más honrado del reino, rechazado por el rey, fué, con sus canas, no á suplicar, sino á intentar persuadir á la favorita. ¿Sabes lo que respondió ésta? Oye sus propias palabras, que el señor de Meynières me envía en una carta: «El rey es el amo; no estima necesario demostrarle personalmente su desagra-

do; se contenta con probárselo privando de estado á su señor hijo; castigar á usted de otro modo, sería iniciar un proceso, cosa que el rey no quiere; hay que respetar su voluntad. Sin embargo, yo le compadezco; me hago cargo de su dolor, he sido madre, sé lo que debe de costarle dejar sin posición á su hijo». Vé ahí el estilo de esa criatura ¡y quieres ponerte sus pies!

—Dicen que son preciosos, señor.

—¡Sí! No es bonita, y el rey no la quiere, sabido es. Cede, se doblega ante esa mujer. Algo tendrá ésta cuando conserva su poder, cosa que no haría solo con su cabeza dura.

—¡Dicen que tiene tanto talento!

—¡Y no tiene corazón! ¡Vaya un mérito!

—¡Que no tiene corazón! ¡Ella, que tan bien sabe declamar versos de Voltaire y cantar música de Rousseau! ¡Ella, que representa *Alcira* y *Colette*! Eso es imposible, no lo creeré nunca.

—Vé á verla, ya que lo deseas. Yo aconsejo y no ordeno; pero sacarás lo que mereces. ¿Tanto amas á la señorita de Annebault?

—Más que á mi vida.

—¡Vete, pues!



CAPÍTULO III

Se ha dicho que los viajes perjudican al amor, porque suministran distracciones; también se ha dicho que lo fortalecen, porque dejan tiempo de pensar en él. El caballero era demasiado joven para hacer tan sabias distinciones. Cansado del coche á medio camino, tomó una jaca de posta, y así llegó, á eso de las cinco de la tarde, á la hostería del Sol, nuestra posada de moda del tiempo de Luis XIV.

Había en Versalles un viejo sacerdote, que fué párroco en Neauflette; el caballero le conocía y quería. Dicho cura, humilde y pobre, tenía un sobrino en favor, clérigo de corte, que podría serle útil. El caballero fué, pues, á casa del sobrino, hombre de importancia que, hundido en el alzacuello, recibió muy bien al recién venido, y no desdeñó escuchar sus quejas.

— ¡Caramba! — le dijo, — viene usted muy oportunamente. Esta noche hay ópera en la corte, una especie de fiesta de no sé qué. Yo no voy porque estoy enfadado con la marquesa, á fin de obtener algo; pero he aquí casualmente una recomendación que pedí al duque de Aumont no sé para quién. Vaya usted allí. Aún no está presentado, es verdad; pero para presenciar el espectáculo, no hace falta. Procure hallarse en el saloncillo cuando pase el rey. Una mirada, y está hecha su fortuna.

El caballero dió gracias al abate, y cansado de una mala noche y de un día de caballo, se compuso, ante un espejo de albergue, de una de esas maneras descuidadas que tan bien sientan á los amantes. Una criada poco experta le acomodó lo mejor que pudo y le empolvó la casaca salpicada de lentejuelas. En esa forma, encaminóse al azar. Tenía veinte años.

La noche iba cerrando cuando llegó el joven á palacio. Acercóse tímidamente á la verja y preguntó el camino al centinela. Enseñáronle la escalera principal. En ésta, le dijo el portero que acababa de empezar la ópera, y que el rey, es decir, todo el mundo, estaba en la sala ¹.

1) No se trata aquí de la sala actual, construida por Luis XV, ó más bien por Madama de

— Si el señor marqués quiere atravesar el patio—añadió el portero (por si acaso, se daba siempre tratamiento de marqués),—llegará en un instante á la representación. Si prefiere pasar por las habitaciones...

El caballero no conocía nada el palacio. La curiosidad le indujo, al principio, á contestar que pasaría por las habitaciones; luego, como se dispusiera un lacayo á seguirle para guiarle, cierto sentimiento de vanidad le hizo añadir que no necesitaba ser acompañado. Por lo tanto, continuó solo, no sin cierta emoción.

Versalles resplandecía de luz. Desde la planta baja hasta la cumbre, girándulas, muebles y mármoles dorados, relucían. Excepto las habitaciones de la reina, todas las puertas estaban abiertas de par en par. A medida que caminaba el caballero, le invadían una extrañeza y una admiración difíciles de imaginar; porque lo que más maravilloso hacía el espectáculo que se le presentaba, no era solo la belleza, el esplendor del mismo espectáculo, sino la

Pompadour, aunque terminada en 1769 é inaugurada en 1770 para la boda del duque de Berri (Luis XVI) con María Antonieta. Se trata de una especie de teatro móvil que se transportaba á una galería ó á alguna habitación, según la costumbre de Luis XIV.—(Nota de la edición francesa).

completa soledad en que se hallaba en aquel á modo de desierto encantado.

En el verse solo, en efecto, en un vasto recinto, ya en un templo, ya un claustro ó un palacio, hay algo raro y, por decirlo así, misterioso. El monumento parece pesar en el hombre: las paredes le miran; le escuchan los ecos; el ruido de sus pasos turba un silencio tan grande, que siente por ello un temor involuntario y no se atreve á andar sino con respeto.

Así hizo al principio el caballero; más pronto le venció la curiosidad, y le arrastró. Los candelabros de la galería de espejos, que se miraban, se enviaban mutuamente sus luces. Sabemos cuántos miles de amorcillos, qué de ninfas y pastoras aparecían entonces en los artonados, revoloteando por los techos, que parecían enlazar con inmensa guirnalda todo el palacio. Aquí, vastos salones con doseles de terciopelo salpicado de oro, y butacas de lujo que conservaban aun la majestuosa rigidez del gran rey; allí, otomanas arrugadas que se doblaban en desórden en derredor de una mesa de juego; una serie infinita de salas siempre vacías, en donde la magnificencia resaltaba tanto más, cuanto más inútil parecía; de espacio en espacio, puertas secretas que daban á pasillos cuyo fin no se veía; mil esca-

leras, mil pasajes que se cruzaban como en un laberinto; columnas, estrados contruidos para gigantes, gabinetes disimulados como escondites de niños; un enorme lienzo de Vanlloo junto á una chimenea de pórfido; una caja de lunares olvidada al lado de una figura de China; ora una grandeza soberbia, ora una gracia afeminada; y por todas partes, en medio del lujo, de la prodigalidad y la molicie, mil olores embriagadores, raros y variados, los perfumes mezclados de las flores y las mujeres, una tibieza enervante, el aire de la voluptuosidad.

Estar en semejante lugar, á los veinte años, en medio de aquellas maravillas, y verse solo, era para quedar deslumbrado. El caballero andaba al azar, como en un sueño:

—¡Verdadero palacio de hadas!—murmuraba,—y en efecto, parecía estar realizando uno de esos cuentos en donde los príncipes extraviados descubren castillos mágicos.

¿Serían de veras criaturas mortales las que habitasen semejante mansión? ¿Serían mujeres verdaderas las que acababan de sentarse en aquellas butacas, y cuyos graciosos contornos habían dejado á los cojines aquella huella ligera, llena todavía de indolencia? ¡Quién sabe! Quizá tras aquellas espesas corti-

nas, en el fondo de alguna galería inmensa y brillante fuese á aparecer una princesa encantada desde cien años atrás, un hada en tontillo, una Armida entre lentejuelas, ó alguna Dríada de corte que salieran de una columna de mármol ó entreabriendo su artesón dorado.

Aturdido sin querer, por todas esas quimeras, el caballero habíase echado en un sofá, para soñar mejor, y tal vez permaneciera así largo rato, de no recordar que estaba enamorado. ¿Qué hacía, durante aquel tiempo la señorita de Annebault, su muy amada, que quedaba en un viejo castillo?

—¡Atenaida!—exclamó de pronto.—¿Qué hago aquí perdiendo el tiempo? ¿Se me ha extraviado la razón? ¿Pero en dónde estoy? ¡Gran Dios! ¿Y qué me pasa?

Levantóse y continuó su camino á través de aquel nuevo país, y se perdió, como puede suponerse. Dos ó tres lacayos que hablaban en voz baja, se le aparecieron en el fondo de una galería. Acercóse á ellos y les preguntó el camino para ir á la comedia.

—Si el señor marqués—le respondieron (siguiendo la consabida fórmula),—quiere tomarse la molestia de bajar por esa escalera y seguir la galería de la derecha, hallará al final tres escalones

que subir; entonces, doble á la izquierda, y cuando haya atravesado el salón de Diana, el de Apolo, el de las Musas y el de la Primavera, baje seis peldaños más; luego, dejando á la derecha la sala de los guardias, como para tomar la escalera de los ministros, no dejará de encontrar otros ujieres que le indicarán el camino.

—Muchas gracias—dijo el caballero;—con tan buenos datos será culpa mía el no encontrarlo.

Púsose de nuevo en camino con ánimo, deteniéndose á cada paso, involuntariamente, para mirar á uno y otro lado, y recordando otra vez sus amores; al fin, al cabo de un cuarto de hora largo, tropezó con otros lacayos, como le habían anunciado:

—El señor marqués se ha equivocado—le dijeron éstos;—hubiera debido tomar por la otra ala del palacio; pero nada más fácil que volver á ella. No tiene mas que bajar por esta escalera, atravesar luego el salón de las Ninfas, el de Verano, el de...

—Gracias—dijo el caballero.

Y muy necio soy, añadió para su capote, en interrogar así á las gentes como un papanatas. Me degrado inútilmente, y aunque no se burlasen de mí, lo que es imposible, ¿de qué me serviría su nomenclatura y los pomposos apodos de

esos salones, de los que no conozco ninguno?

Decidió caminar derecho ante sí en cuanto fuese posible:—Porque, después de todo—pensaba,—este palacio es hermosísimo, es grandísimo; pero no ilimitado, y aunque fuese como tres veces nuestro conejar, tendré que ver el fin.

Pero no es fácil, en Versalles, andar mucho rato en línea recta, y la rústica comparación de la morada real con una conejera, debió de displegar á las niñas del lugar, porque empezaron con más ahinco á despistar al pobre enamorado y, sin duda para castigarle, complaciéronse en hacerle dar vueltas y más vueltas sobre sus propios pasos, conduciéndole constantemente al mismo sitio, lo mismo que á un campesino descarriado en un laberinto; así le envolvían en su dédalo de oro y mármol.

En las *Antigüedades de Roma*, de Pironesi, hay una serie de grabados que el artista llama «sus sueños», y que son un recuerdo de sus propias visiones durante el delirio de una fiebre. Esos grabados representan vastas salas góticas; en el suelo hay toda clase de trampas y máquinas, ruedas, cables, poleas, palancas, catapultas, etcétera, etc., expresión de enorme potencia puesta en acción y de resistencia formidable. A lo largo de las paredes se vé una escalera

y en ésta, subiendo, no sin trabajo, al mismo Pironesi. Seguid las gradas un poco más arriba y veréis que paran de pronto ante un abismo. Sea lo que fuere del pobre Pironesi, lo creéis, á lo menos, al final de su tarea, porque no puede dar un paso más sin caer; pero levantad los ojos y veréis una segunda escalera que se eleva en el aire y, en esta escalera, está también Pironesi, al borde de otro precipicio. Seguid mirando un poco más alto, y una escalera, más aérea todavía, se levanta ante vosotros, y el pobre Pironesi sigue por ella su ascensión, y así sucesivamente, hasta que la eterna escalera y Pironesi desaparecen juntos en las nubes, es decir, en el borde del grabado.

Esa febril alegoría representa muy exactamente el fastidio de un trabajo inútil y la especie de vértigo que dá la paciencia. El caballero, viajando todavía de salón en salón y de galería en galería, fué presa de una especie de cólera:

—¡Cáspita!—exclamó.—¡Esto es muy cruel! ¡Después de verme tan encantado, tan seducido, tan entusiasmado por hallarme solo en este maldito palacio, (no era ya el palacio de las hadas), no voy á poder salir de él! ¡Malhaya la fatuidad que me inspiró la idea de penetrar aquí como el príncipe Fonfarnet, con sus botas de oro macizo, en

lugar de decir al primer lacayo que ví, que me acompañase, sencillamente, á la sala del espectáculo!

Cuando tenía éste remordimiento tardío, el caballero estaba como Pironesi, á media escalera, en una meseta, entre tres puertas. Detrás de la del medio, creyó oír un murmullo tan suave, tan ligero y voluptuoso, por decirlo así, que no pudo menos de escuchar. En el momento en que se acercaba, temblando por aplicar un oído indiscreto, abrióse de par en par esa puerta. Una bocanada de aire embalsamado de mil perfumes y un torrente de luz capaz de hacer palidecer la galería de espejos, le atacaron tan repentinamente, que retrocedió algunos pasos.

—¿Quiere pasar el señor marqués?— preguntó el ujier que había abierto la puerta.

—Desearía ir á la comedia— respondió el caballero.

—Acaba de terminar en este mismo instante.

Al mismo tiempo, bellísimas damas, delicadamente emplastadas de blanco y carmín, dando, no ya el brazo ni siquiera la mano, sino la punta de los dedos, á viejos y jóvenes señores, empezaron á salir de la sala del espectáculo, cuidando mucho de andar de perfil, para no estropearse los tontillos. Toda esa

gente brillante hablaba en voz baja, con una semialegría mezclada de temor y respeto.

—¿Qué es eso?—dijo el caballero, no adivinando que el azar le había conducido casualmente al saloncillo de descanso.

—Va á pasar el rey—contestó el ujier.

Hay una especie de intrepidez que no duda de nada, y es sumamente fácil: el valor de las gentes mal educadas. Nuestro joven provinciano, aunque razonablemente valiente, no poseía esa facultad. Ante las solas palabras: «Vá á pasar el rey,» quedóse inmóvil y casi espantado.

El rey Luis XV, que recorría de caza, á caballo, una docena de leguas sin notarlo, era, como se sabe, soberanamente indolente. Se vanagloriaba, no sin razón, de ser el primer caballero de Francia, y sus coimas le decían, no sin motivo, que era el mejor formado y el más bello. Era cosa considerable el verle dejar su sillón y dignarse andar á pie. Cuando atravesó el salón de descanso, apoyado, ó más bien, extendido por el hombro del señor de Argensón, al tiempo que sus tacones rojos resbalaban por el suelo (había puesto en moda tal pereza), cesó todo murmullo; los cortesanos bajaron la cabeza, no osando saludar del todo, y las bellas damas, doblándose

ligeramente sobre sus jarreteras de color fuego, en el fondo de sus faralaes, arriesgaban ese coquetón saludo que nuestras abuelas llamaban reverencia, y que nuestro siglo ha reemplazado por el brutal «shake-hand» de los ingleses.

Pero el rey no se cuidaba de nada y solo veía lo que le complacía. Tal vez estuviera allí Alfieri, que cuenta del siguiente modo, en sus Memorias, su presentación en Versalles:

—Yo sabía que el rey no hablaba nunca á extranjeros que no fuesen notables; no obstante, no pude acostumbrarme á la impasible y altiva presencia de Luis XV. Medía de pies á cabeza al hombre que le presentaban y parecía no recibir impresión alguna. Sin embargo, si se dijese á un gigante: *Aquí le presento á usted una hormiga*, creo que, al mirarla, sonreiría, diciendo tal vez: ¡Ah! ¡Animalito!

El taciturno monarca pasó, pues, á través de aquellas flores, de aquellas damas hermosas, y de toda aquella corte, conservando su soledad en medio de la multitud. No necesitó el joven caballero mucha reflexión para comprender que no debía esperar nada del rey y que, por ese lado, no obtendría ningún éxito.

—¡Qué desgraciado soy!—pensó.—So-

brada razón tenía mi padre al decirme que á dos pasos del rey vería un abismo entre él y yo. Aunque me decidiese á solicitar audiencia ¿quién me protegería? ¿quién me presentaría? Ahí está ese amo absoluto que puede variar con una palabra mi destino, asegurarme la fortuna, satisfacer todos mis deseos. ¡Ahí está, ante mí; extendiendo yo la mano, podría tocar sus adornos... y me siento más lejos de él que si me hallase aún en el fondo de mi provincial ¿Cómo hablarle? ¿cómo llegar á él? ¿quién vendrá, pues, en mi ayuda?

En tanto que el caballero se desconsolaba de ese modo, vió entrar á una dama bastante bella, joven, llena de finura y donaire; iba vestida muy sencillamente con un traje blanco, sin joyas ni bordados, y traía una rosa sobre la oreja. Daba la mano á un señor *muy acicalado*, como decía Voltaire, y le hablaba en voz baja por detrás del abanico. Quiso la casualidad que hablando, riendo y gesticulando, se le escapase el abanico y cayese debajo de una butaca, precisamente delante del caballero. Precipitóse éste en el acto para recogerlo, y como para hacerlo pusiera una rodilla en tierra, la joven dama le pareció tan encantadora, que él le ofreció el abanico sin levantarse. Detúvose la dama, sonrió y pasó, dando gracias con una

inclinación de cabeza; pero ante la mirada que había fijado en el caballero, sintió éste latirle el corazón sin saber por qué.—Tenfa razón.—Esa señora joven era la chiquilla de Etioles, como la llamaban todavía los descontentos, mientras que los otros, al mencionarla, decían «la Marquesa», como se dice «la Reina.»



CAPÍTULO IV

ESA me protegerá; esa vendrá en mi auxilio!... ¡Ah! ¡cuánta razón tenía el abate al decirme que mi vida dependía de una mirada! Sí; esos ojos tan finos y dulces, esa boquita burlona y deliciosa, ese piececito ahogado en un perendengue... ¡Esa es mi hada buena!

Así pensaba, casi en voz alta, el caballero, al volver á su albergue. ¿De dónde nacía esa esperanza súbita? ¿Hablaban solo su juventud ó habían hablado los ojos de la marquesa?

Mas la dificultad seguía siendo la misma. Aunque ya no pensaba en ser presentado al rey: ¿quién le presentaría á la marquesa?

Pasó gran parte de la noche escribiendo á la señorita de Annebault una

carta poco más ó menos parecida á la que habia leído Madama de Pompadour.

Sobrado inútil sería reproducir esa carta. A excepción de los tontos, solo los enamorados aparecen siempre nuevos al repetir siempre lo mismo.

Por la mañana salió el caballero y empezó á andar, pensando por las calles. No le pasó por la mente recurrir otra vez al abate protector, y no sería fácil decir la causa que se lo impedía. Era ésta como una mezcla de temor y audacia, de supuesta vergüenza y de algo novelesco. Y en efecto ¿qué le hubiera respondido el abate, si él le hubiese contado la historia de la víspera?—Ha recogido usted oportunamente un abanico; ¿ha sabido aprovecharse de ello? ¿Qué ha dicho á la marquesa?—Nada.—Hubiera debido hablarla.—Estaba azorado; perdí la cabeza.—Mal hecho; hay que saber aprovechar la ocasión, pero todo se puede reparar. ¿Quiere que le presente á Fulano? Es amigo mío. ¿A Zutana? Es preferible. Procuraremos hacerle á usted llegar ante esa marquesa que le asusta, y ésta vez, etcétera, etc.

Pero el caballero no se cuidaba de nada por el estilo. Creía que; al contar su aventura, la hubiera estropeado y despojado de su brillo, por decirlo así. Pensa-

ba que la casualidad le había favorecido con una cosa inaudita, increíble, y que esto debía ser un secreto entre él y la fortuna; confiar este secreto á cualquiera sería, á su parecer, quitarle todo el valor y mostrarse indigno de él:—Ayer fui solo al palacio de Versalles, se decía; pues podré ir solo á Trianon (ésta era, en aquel momento, la residencia de la favorita).

Tal manera de pensar puede y hasta debe parecer extravagante á los espíritus previsores, que no descuidan nada y dejan lo menos posible al azar; pero las gentes más frías, si han sido jóvenes (que no lo es todo el mundo, ni aun en la época de la juventud), han podido conocer ese extraño sentimiento, débil y atrevido, peligroso y seductor, que nos arrastra hacia el destino: se siente uno ciego, y quiere serlo; no sabe uno á donde vá, y anda. El encanto está en esa despreocupación y en esa ignorancia; es el placer del artista que sueña, del amante que pasa la noche bajo las ventanas de su amada; es también el instinto del soldado, y sobre todo, el del jugador.

El caballero había tomado el camino de Trianon, casi sin saberlo. Sin estar muy engalanado, como se decía entonces, no le faltaba elegancia ni ese modo de ser que hace que si os encuentra

un criado en el camino, no os pregunte á donde váis. No le fué, pues difícil, gracias á algunas indicaciones que le dieron en la hostería, llegar hasta la verja del palacio, si así puede llamarse á esa bombonera de mármol que tantos placeres y penas vió antaño. Por desgracia, la verja estaba cerrada, y un portero enorme, vestido con una modesta hopalanda, se paseaba, con las manos á la espalda, por la alameda interior, como alguno que no espera á nadie.

—¡El rey está aquí!—pensó el caballero—ó no está la marquesa. Indudablemente, cuando las puertas están cerradas y los criados se pasean, los amos están encerrados ó han salido.

¿Qué hacer? Tanta confianza y tanto valor como tenía momentos antes, tornáronse de pronto en contrariedad y turbación. Solo el pensar: «¡El rey está aquí!» le asustaba más de lo que la víspera le asustaron las palabras: «¡Va á pasar el rey!» porque entonces, no era sino cosa imprevista, en tanto que ahora conocía aquella mirada fría y aquella majestad impasible.

—¡Ah, Dios mio! ¡Qué cara tendría yo si intentase, como atolondrado, penetrar en éste jardín y fuese á parar frente á frente ante ese monarca soberbio, que se estuviera tomando café al borde de un riachuelo!

En el acto se dibujó ante los ojos del pobre enamorado la desagradable figura de la Bastilla; en lugar de la seductora imagen que había conservado de la marquesa ¡al pasar sonriendo, vió torreones, calabozos, pan negro, el agua del tormento; conocía la historia de Litude. Poco á poco empezaba la reflexión, y poco á poco se marchaba la esperanza.

—Y sin embargo—decía para sí,—yo no hago mal alguno ni al rey tampoco. Reclamo contra una injusticia; nunca zaherí á nadie. ¡Me recibieron ayer tan bien en Versalles y estuvieron tan corteses los criados! ¿Qué temo? ¿Cometer una tontería? Otras cometeré que la reparen.

Acercóse á la reja y la tocó con el dedo; no estaba cerrada del todo. La abrió y entró resueltamente. El portero se volvió con aire enfadado:

—¿Qué se le ofrece? ¿A dónde va?

—Voy á ver á Madama de Pompadour.

—¿Tiene usted audiencia?

—Sí.

—¿Dónde está la carta?

Ya no existía el marquesado de la víspera; ya no estaba el duque de Aumont. El caballero bajó tristemente los ojos, y vió que sus medias blancas y sus hebillas de pedrería falsa, estaban cu-

biertas de polvo. Había cometido la falta de venir á pie á un pueblo donde no se andaba. El portero también bajó los ojos y le miró con la vista, no de arriba abajo, sino de abajo á arriba. El vestido le pareció bien; mas el sombrero estaba algo ladeado y desempolvada la peluca.

—No tiene usted carta. ¿Qué quiere?

—Desearía hablar á Madama Pompadour.

—¿De veras? ¿Y cree usted que eso se hace sin más ni más?

—No lo sé. ¿Está el rey aquí?

—Puede ser. Váyase y déjeme en paz.

El caballero no quería encolerizarse; pero á pesar de su propósito, esa insolencia le hizo palidecer.

—A veces he mandado á un lacayo marcharse—replicó;—pero nunca me lo ha mandado á mí un lacayo.

—¿Lacayo, yo? ¡Lacayo!—exclamó furioso el portero.

—Lacayo, portero, criado y lacayuelo, poco me preocupa ni me importa.

El portero dió un paso hacia el caballero, con los puños crispados y encendido el rostro. El caballero, vuelto á sí mismo por la apariencia de una amenaza, levantó ligeramente el puño de la espada:

—Tenga usted cuidado—dijo;—soy gentil-hombre, y no cuesta más que

treinta y seis libras mandar á tierra á un villano como usted.

—Si usted es gentil-hombre, yo pertenezco al rey: no hago sino cumplir con mi deber, y no crea que...

En ese instante, el ruido de un aire de caza que parecía venir del bosque de Satory, se dejó oír á lo lejos y se perdió en el eco. El caballero dejó la espada caer de nuevo en la vaina y, sin acordarse ya de la disputa empezada, exclamó:

—¡Holá! ¡El rey, que se vá de caza! ¿Por qué no me lo ha dicho usted en seguida?

—Porque no me importaba, ni á usted tampoco.

—Escúcheme, querido amigo. El rey no está aquí; yo no tengo carta, no tengo audiencia. Ahí va una propina; déjeme pasar.

Sacó del bolsillo algunas monedas de oro. El portero le miró otra vez de pies á cabeza, con soberano desprecio:

—¿Qué es eso?—dijo desdeñosamente.—¿Así intenta uno introducirse en una morada real? Tenga cuidado, no vaya á encerrarle aquí, en vez de mandarle salir.

—¡Tú, so pillol!—repuso el caballero, recobrando su cólera y volviendo á empuñar la espada.

—Sí; yo—repitió el portero.—Pero du-

30596

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, NUEVO

rante esta conversación, en que el historiador siente haber comprometido á su héroe, densas nubes habían obscurecido el cielo; preparábase una tormenta. Brilló un relámpago veloz, seguido de violento trueno, y la lluvia empezaba á caer pesadamente. El caballero, que tenía aún las monedas de oro, vió en su empolvado zapato una gota de agua del tamaño de medio escudo:

—¡Demonio!—exclamó.—Pongámonos al abrigo. No hay que dejarse mojar.

Y se encaminó rápidamente hacia el antro del Cancerbero, ó si se quiere, á la casa del portero; una vez allí, sentándose descaradamente en el sillón del mismo portero, dijo:

—¡Gran Dios! ¡cómo me fastidia usted y cuán desgraciado soy! ¡Me toma usted por conspirador, y no comprende que tengo en el bolsillo un memorial para Su Majestad! Yo soy provinciano; pero usted es un necio.

Por toda respuesta, el portero fué á un rincón para coger la alabarda, y así permaneció de pie, arma en mano.

—¿Cuándo se vá usted á ir?—gritó con voz estentórea.

La disputa olvidada y luego vuelta á empezar, parecía volverse ahora muy seria y ya las manazas del portero temblaban de modo extraño en el asta de la alabarda; ¿qué iba á suceder? no

lo sé; pero, volviendo de pronto la cabeza, exclamó el caballero:

—¿Quién viene ahí?

Un joven paje, que montaba un caballo soberbio (no inglés; en aquel tiempo no estaban de moda las piernas delgadas), acudía con rienda suelta y á triple galope. El camino estaba mojado por la lluvia; la verja solo se hallaba entornada. Titubeó; el portero se adelantó y abrió la verja. El paje picó espuelas; el caballo, parado un momento, quiso emprender de nuevo su carrera; resbaló en la tierra húmeda y cayó.

Es muy incómodo y casi peligroso hacer levantarse un caballo que ha caído en el suelo. No hay fusta que lo domine. La gesticulación de las patas del animal, que hace lo que puede, es desagradable en exceso, sobre todo cuando uno tiene una pierna cogida bajo la silla.

No obstante, el caballero fué á prestar ayuda, sin pensar en aquellos inconvenientes, y lo hizo tan diestramente que pronto se levantó el caballo y quedó en libertad el jinete. Pero éste estaba lleno de barro, y no podía apenas andar cojeando. Transportado inmediatamente á la casa del portero y sentado á su vez en el sillón, dijo al caballero:

—Señor, usted es seguramente gentil-hombre. Me ha prestado un gran servicio; pero puede prestarme otro mucho

mayor. He aquí un mensaje del rey para la señora Marquesa, mensaje urgentísimo, como usted vé, puesto que mi caballo y yo, por andar más de prisa, hemos estado á punto de rompernos la cabeza. Comprenderá usted que en el estado en que estoy, con una pierna coja, no puedo llevar este papel. Para esto tendría que hacer que me llevasen á mí mismo. ¿Quiere usted ir en mi lugar?

Al mismo tiempo, sacaba del bolsillo un gran sobre dorado con arabescos, acompañado del sello real.

—Con mucho gusto—dijo el caballero, cogiendo el sobre. Y rápido y ligero como una pluma, salió corriendo, de puntillas.



CAPÍTULO V

UANDO llegó el caballero al palacio, había otro portero en el peristilo.

—Orden del rey—dijo el joven, que ya no temía las alabardas; y enseñando la carta, entró alegremente entre media docena de criados.

Un ujier alto, colocado en medio del vestíbulo, al ver la orden y el sello real, se inclinó gravemente, como un álamo doblado por el viento; luego, con uno de sus huesudos dedos tocó, sonriendo, la esquina de la entabladura.

Una puertecita que se cerraba sola, oculta por una cortina, se abrió en el acto como por sí misma. El hombre huesudo hizo una seña de respeto: entró el caballero, y la cortina, que se había entreabierto, cayó blandamente tras él.